

La lengua como transformación del mundo

Juan Carlos Bayona Vargas - Gimnasio Moderno, Bogotá
jcbayona@gimnasio-moderno.edu.co

Abstract

En la actualidad, existe en la educación primaria y media de Colombia un extraño apremio por enseñar la lengua inglesa. Apremio que, en aras de instaurar una educación bilingüe, parece estar eclipsando cuestiones más urgentes e importantes del universo pedagógico como lo es la búsqueda de soluciones a problemas que giran en torno a la naturaleza misma del proceso educativo. No se discute la importancia que pueda tener el aprender una segunda o tercera lengua, pues de suyo la posee; lo que se pone en tela de juicio son las presiones que se ejercen sobre las instituciones escolares para que realicen dicha labor, los mecanismos a que ellas acuden para dar respuesta a esas presiones y las consecuencias que todo esto pueda traer para el sistema educativo, en general, y para los estudiantes, en particular. La sociedad colombiana, desorientada tanto por las leyes que impone el mercado como por una falsa imagen creada sobre los procesos de globalización, coacciona de tal manera al sistema escolar que éste termina adoptando soluciones sobre el tema del bilingüismo que van en contra de uno de los objetivos esenciales de todo proceso educativo: el contribuir a que los seres humanos determinen qué quieren ser, sobre la base de saber quienes son. Cuando la enseñanza de una segunda lengua se realiza de manera mecánica se corre el riesgo de que se olviden los valores, formas de vida y medios de socialización que la lengua materna ha ayudado a construir a lo largo de la historia. No es de extrañar, entonces, que un buen número de los estudiantes formados en estas condiciones desconozcan el papel histórico que deben desempeñar en el contexto de su país. En el fondo, la obsesión por el bilingüismo se nutre de querer ocultar lo que se es o de desconocerlo. En consecuencia, la enseñanza de una segunda lengua debe estar regida por principios diferentes a los impuestos por las leyes del mercado o el esnobismo intelectual. Para establecer estos principios se debe partir del hecho central de que cada lengua crea un mundo y unas formas particulares de comprenderlo y hallar sentido en él; en tal medida, aprender una lengua extranjera implica ingresar a un universo cultural distinto al que se conoce. Este ingreso no debe ser realizado desde la negación de lo propio, sino en diálogo con ello; ya que así los horizontes culturales se expanden y multiplican, nutriéndose de manera mutua y superando el peligro que supone el que una versión

de la realidad se imponga o suplante a la otra. El medio más expedito para lograr lo propuesto consiste en que la enseñanza de las lenguas se realice a través de la literatura, entendida ésta no sólo como los productos de la ficción creadora, sino como los textos que circulan en una sociedad y que recogen el genio y el espíritu de sus pueblos. Formar lectores ávidos de los textos de la cultura, que se dejen seducir y asombrar por las oportunidades de acceder a mundos diversos, es el mejor camino que se puede emprender para que los seres humanos ganen en complejidad, respeto recíproco y gocen de las múltiples ventajas que supone dominar diferentes códigos lingüísticos.

Corre desde hace unos años en la educación primaria y media en Colombia, una especie de compulsión, de nuevo extravío, a propósito del tema de la enseñanza del inglés. No del bilingüismo, puesto que este se ha asociado casi totalmente con aquel. En efecto, llama muchísimo la atención ver los enormes esfuerzos que han realizado muchos centros educativos para convertirse en colegios bilingües. Hay que enseñar inglés. El debe ser, ejerce su dominio. Esfuerzo legítimo, sin duda, pero a nuestro entender equivocado. El sentido de estas líneas, no es otro que aportar elementos que signifiquen matices en el claroscuro en que se ha ido convirtiendo el mal llamado bilingüismo, y al mismo tiempo, recuperar para la educación en nuestro país, una discusión que tiene que ver con preguntas más claras para su desarrollo y evaluación, y que de alguna manera, se ha visto eclipsada por el auge del bilingüismo, o bien porque se tiende a creer que el bilingüismo de la misma manera que la informática, resuelven por si mismos los problemas centrales del quehacer educativo.

En otras palabras, si no se sitúa la enseñanza de una segunda lengua con un papel determinado dentro al interior de un curriculum, se corre el riesgo de ir desplazando, quizá sin saberlo, la solución de problemas apremiantes que tienen que ver con la naturaleza del universo pedagógico, y que giran alrededor de la búsqueda del fundamento de las relaciones que los educandos van estableciendo con el mundo consigo mismo y con los demás. La educación formal, que ya de por si mismo es un territorio normalizador, no parece ser la mejor época de la vida, si no fuera por los amigos, el recreo y algunos maestros que asumieron de verdad, que antes de su contacto con los educandos, éstos ya traíamos las claves de nuestra identidad y del conocimiento del mundo. Por eso, tendría razón Bernard Shaw, cuando decía aquello de “Mi educación se vio interrumpida cuando ingresé a la escuela”; a menos que tal ingreso a la escuela me liberara del conocimiento erudito y su estéril transmisión ejercida por los saberes conceptuales, a través de un acto

libre del saber y libertad son la misma cosa. Así, entonces, continuará mi educación.

Parece que es irremediable : educarse es salir de uno mismo hacia los otros que son la posibilidad de mi propia identidad. Pero si tamaña tarea la tengo que hacer en otra lengua, no se ve cómo la cultura que subyace en mi lengua materna me pueda pertenecer algún día.

Resulta entonces más adecuado, abordar el problema, no desde un enfoque epistemológico que ponga en evidencia las dificultades conceptuales , que con poca frecuencia deben enfrentar muchos niños a la hora de aprender inglés u otra lengua, y en cambio en su lugar, dar paso a una mirada cultural, que está aún más en el fondo de lo que nos preocupa, y que es, en definitiva , el crisol para asumir una posición frente al mundo y entender nuestra presencia en él.

Aprender una lengua es aprender a vivir. Aprender una lengua es bautizar una vida. No es un misterio para nadie que hoy el reto más importante que tiene la educación es conectarse con la vida. No con las leyes del mercado. Es decir, con una antropología fundamental que nos señale que clase de comunidad queremos ser, sobre la base de saber que clase de seres humanos somos. Los cuatro volúmenes que publicó la Fundación FES, con el evocativo nombre de Atlántida, son una investigación muy acertada y solidamente documentada, que deja al descubierto, una vez más, la contundencia de esa desconexión.

Agregar, tan imperativamente, la enseñanza de una segunda lengua en los colegios, cuando aún no han sido resueltos una multitud de interrogantes que tienen que ver con el ser mismo del hombre, es, cuando menos, distraer la labor de los educadores de lo esencial y convertir lo instrumental en un fin valorado desde sí mismo. No se discute acá si es o no recomendable el aprendizaje de una segunda o tercera lengua, porque probablemente lo es. No es eso. Pero contrasta la celeridad con la cual un buen número de instituciones educativas emprenden furiosos programas de actualización en ese campo, con la ausencia de escalafones internos que permitan hablar poco a poco de una escuela de maestros propia. Uno pensaría que la presión que ejercen los padres de familia para que los colegios contraten profesores nativos, o aumenten la intensidad horaria y las materias que se dictan en inglés, debería encauzarse al fortalecimiento de los fines que la Ley General de Educación tiene instituidos para sí misma. Se dirá que los colegios pueden dar cuenta de estos y otros propósitos al mismo tiempo, sin que por ellos se discriminen unos a otros. Cierto. Sólo en la práctica, la enseñanza del inglés va permeando el tejido educativo de tal manera, que se asiste a veces

casi irremediablemente a un desvanecimiento cultural, de aquel intangible que habita en cada lengua, y que justamente hay que hacer emerger para conocerlo y amarlo.

Parece justo afirmar entonces, que el desestímulo consciente o inconsciente que puede suponer la enseñanza del inglés de forma preponderante en un plan de estudios, frente a los valores propios de la lengua materna, es, al menos, susceptible de un cuidadoso análisis. Doce o más años de bilingüismo (que en algunos casos deberíamos pensar en monolingüismo), pueden acabar en nuestras actuales circunstancias, por generar un perfil de estudiante que tenga que ver muy poco con su papel histórico en el mundo y en particular en su país. Experiencias de colegios que han dado marcha atrás en sus proyectos de bilingüismo al comprobar cómo un seguimiento de las promociones, dejaba al descubierto el abismo existente entre la filosofía educativa de la institución y la realidad de los estudiantes, son, al menos, una buena señal para tener en cuenta. La razón saltaba a la vista: la transculturización que está detrás de un bilingüismo mecánico evidente. Por lo que en el fondo está en juego es lo que Humboldt llamara el “espíritu de los pueblos”, que no es ni más ni menos que el fundamento del lenguaje. No es posible el mundo de los hombres sin lenguaje. Al nombrarlo, aparece. Al escribirlo tiende a permanecer.

Por eso cada lengua interna asir el mundo de una particular manera. La etnolingüística ha mostrado cómo no hay necesariamente lenguas más cultas que otras, sino que a través de la comparación de la estructura lingüística entre diferentes lenguas, se puede estudiar la capacidad en particular de una de ellas, y por esa vía, la especial acepción del universo del pueblo que la habla y que sueña en ella.

Si del lenguaje se desprende que los hombres tengan mundo, y no cualquiera sino el que determina la tensión entre objetividad y subjetividad permanente, pues la palabra que nombra es un esfuerzo de contacto de un sujeto hacia los otros, y la comunicación supone esa “peculiar objetividad” de la que hablara Gadamer, cabe afirmar entonces que aprender una nueva lengua, no debe significar una mente ampliar las posibilidades de lo que uno puede aprender al ampliarse los puntos de referencia del conocimiento, sino que quizá lo que es más importante, aprender una lengua es aprender una acepción extraña del mundo sin que me sea posible olvidar del todo la propia acepción del mundo y del lenguaje, porque es desde ella justamente que puedo enriquecer con otra lengua.

Sin embargo, no parece existir entre los esquemas del bilingüismo esta doble perspectiva de nutrición mutua. Por el contrario, se nos presenta su

imperiosa necesidad determinada, en lo fundamental, por las exigencias del mercado laboral, no por las necesidades internas de los estudiantes descubiertas y potenciadas por sus maestros. Si un tema de la cultura en lengua inglesa despierta asombro, la duda, o la curiosidad, es probable que el conocimiento del inglés surja por sí solo, y los estudiantes entiendan quede no haberse acercado a esa lengua, se hubieran perdido todo un mundo, un mundo que les hablara en la medida en que ellos sean capaces de hacer que les hable., pues el mundo que está en la lengua tal y como afirma Gadamer “no solo tiene su propia verdad en sí, sino que también tiene una verdad propia para nosotros”, Utopico se dirá, pero que hay entonces en el fondo del sistema educativo, sino es una utopía por hacer mejores seres humanos, mas si mismos, más si mismos en la medida del reconocimiento de los otros.

Pero no suele ser así. En parte porque los esquemas aún preponderantemente mecánicos de transmisión del conocimiento, y no de su construcción, lo impiden, y en parte no está asociado el aprendizaje del inglés, sino a las exigencias de los curriculum vitae, y no al descubrimiento de un universo cultural que me habla en una lenguaje que no conozco, pero que me dice cosas. La educación no puede reforzar los círculos de nuestro propio egoísmo. Y el inglés, es desde hace unos años una ocasión más para el simple y contundente provecho individual. En el fondo, lo que está en juego en todo esto es la identidad de lo que somos. Nuestra obsesión por el bilingüismo es una manera de no querer ser lo que somos, o simplemente de hacer evidente que no lo sabemos. Se comprendería mejor este desvelo por aprender lenguas, si habláramos una lengua de minoría étnicas. Pero la tercera lengua del mundo y una de las más ricas por donde se le mire, es razón suficiente para estar seguros que nos entienden por donde vayamos. Son muy pocos los colegios que son bilingües en países como Alemania, España Francia o Italia, sin duda por razones culturales y geográficas distintas a las nuestras. Pero aún con esas razones, y más allá de los argumentos geopolíticos que se pudieran nombrar, no hayan caído en esa especie de compulsión de que habláramos al principio de estas reflexiones, y más bien accedan al conocimiento de otras lenguas desde la naturalidad del desenvolvimiento del mundo que me va descubriendo mi lengua materna, y me va transformando a mí y a él. Los estudiantes, desde luego, tienen clases de lenguas, incluso de latín y griego. Como un viaje aleccionador a la raíz. Y no se trata, en ningún caso, de establecer una comparación más bien gratuita con esos países u otros que se pudieran nombrar, pero el conocimiento de otra lenguas está más bien pensado para entrar a un universo cultural que se me desvela, de manera sorprendente y privilegiada en la literatura.

Quizá hemos llegado casi sin proponérselo a lo que queríamos decir desde un principio el medio más eficaz para aprender una lengua es su literatura, porque en ella se recoge su genio y el espíritu de los pueblos. O dicho de otro modo, de que me serviría saber una lengua sino es acaso para conocer su literatura? Si puedo conversar con otra lengua a través e su literatura, es posible entonces que me forme como un ser humano , mas complejo y mas rico en matices , o que me divierta más.

Literatura en un sentido amplio. No sólo la ficción creadora. Literatura como la posibilidad de hacer lectores, de formar lectores , de crear enfermos terminales de la lectura. Pero no es así. El inglés está pensado crucialmente como la respuesta a la inmensa presión de la sociedad que está esperando allá afuera de los colegios . Sólo tangencialmente sirve su aprendizaje, como vehículo maravilloso de acceso a un universo cultural distinto. Y por ese camino no se ve muy bien cuando y cómo vamos a formar ciudadanos globales que actúen localmente, cuando nos dedicaremos más a nosotros y menos a lo que nos dicen que seamos.